



ISSN 1018-1563
Tercera Época / N° 33
Enero - Abril 1998
Costo: B/. 3.00

Director:

Coordinación de Difusión Cultural
Universidad Tecnológica de Panamá
Enrique Jaramillo Levi

Corresponsales Internacionales:

Jaime García Saucedo (Colombia)
Carmen Naranjo (Costa Rica)
Carlos Meneses (España)
Dante Liano (Italia)
Fernando Burgos (Estados Unidos)
Jorge Eduardo Arellano (Nicaragua)
José Roberto Cea (El Salvador)
Martín Jamieson Villiers (Argentina)

Portada:

Cuadro de Adonai Rivera Degracia

Diseño Gráfico:

Pablo Menacho

Un esfuerzo editorial
sin fines de lucro

Una Coedición:

Universidad Tecnológica
de Panamá (U.T.P)

Fundación Cultural Signos

**Diseñado y
Construido por:**

Red Académica de Investigación y
Desarrollo (PANNet)

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA *Maga*

Fundado en Marzo de 1984

EDITORIAL

TRES CUENTOS DE MEMPO GIARDINELLI

- ❖ Naturaleza muerta con odio
- ❖ Appassionata número cero
- ❖ Viernes batata podrida

TEORÍA DEL CUENTO

- ❖ Es inútil querer encorsetar el cuento. Mempo Giardinelli
- ❖ El cuento según la crítica hispanoamericana. Gabriela Mora
- ❖ Hacia una definición y características del cuento. Alba Omil y Raúl Alberto Piérola

MISCELÁNEA

- ❖ Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" 1996. Alina Camacho-Gingerich

PREMIO <<JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ>> 1997

- ❖ El suicidio de las rosas. Rogelio Guerra Ávila
- ❖ La celda y el pasillo. Carlos Fong
- ❖ La abuela. Rodolfo De Gracia

EDITORIAL

Una grata noticia y otra triste convergen en la publicación de este No. 34 de Maga

Por un lado, el escritor panameño Justo Arroyo gana, en su segunda versión, el Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" 1997-1998, con su libro de cuentos Héroes a medio tiempo, que próximamente editará la Universidad Tecnológica de Panamá, que creó este certamen en 1996. el año pasado lo había ganado, en Novela, el guatemalteco Manuel Corleto, cuya obra Con cada gota de sangre de la herida ya circula. Sin duda es un alto honor para Panamá el triunfo de Arroyo, de reconocida trayectoria literaria: compitieron 28 obras, 13 de Panamá y 15 de Centroamérica. Aquí publicamos un cuento del libro premiado.



En cambio la reciente muerte del gran poeta y ensayista mexicano Octavio Paz (1914-1998), Premio Nobel de Literatura en 1990, representa un golpe muy fuerte a la excelencia universal de las Letras Hispánicas. Maga dedicará su próximo número a exaltar la obra de uno de los más lucidos renovadores de la poesía y el pensamiento occidental en el siglo XX.

Del VI Congreso Internacional de Literatura Centroamericana que se llevó a cabo en Panamá del 18 al 20 de marzo pasado, rescatamos tres de las más ponencias de análisis en torno a diversos aspectos del literatura regional, incluida la panameña. Importa destacar que fueron 11 los escritores y poetas nacionales cuyas obras fueron analizadas en dicho cónclave de manera rigurosamente profesional; Rogelio Sinán, Elsie Alvarado de Ricord, Stella Sierra, Pedro Rivera, Diana Morán, Enrique Jaramillo Levi, Giovanna Benedetti, Consuelo Tomás, Carlos Guillermo Wilson, Gloria Guardia y Rosa María Britton.

En la sección de "Misceláneas", presentamos cuentos de dos narradores panameños de indudable talento: Héctor Rodríguez c: y Allen Patiño, así como un olvidado artículo de un brillante escritor nuestro muy poco conocido por las nuevas generaciones: Roque Javier Laurenza; y dos reseñas de uno de los más jóvenes catedráticos y críticos literarios de la Universidad Santa María la Antigua: Erasto A. Espino B.

Un poema y un cuento, de Karina Quintana y Julieta De Diego de Fábrega, respectivamente, ponen de manifiesto, en nuestra permanente sección "Taller", una verdad ineludible: al nuevo talento literario es fundamental incentivarlo para que crezca y se perfeccione pese a la hostilidad del medio.

Renovada invitación a disfrutar textos de calidad ofrece una vez más este tenaz esfuerzo editorial que es Maga.

E.J.L.
Panamá, mayo de 1998.

TRES CUENTOS DE MEMPO GIARDINELLI

CUENTOS
de Mempo Giardinelli (Argentino)
Jurado Intemacional del Premio Centroamericano de Literatura «Rogelio Sinán» 1997.



NATURALEZA MUERTA CON ODIO

Usted no sabe lo que es el odio hasta que le cuentan esta historia. Hay una enorme tijera de jardinero en el aire, de esas de doble filo curvo y que tienen un resorte de acero en medio de la empuñadura, que de pronto queda suspendida, en el aire y en el relato. Es como una foto tirada en velocidad mil con diafragma completamente abierto. Clic y el mundo mismo está detenido en esa fracción de tiempo. Ahora hay una ciudad provinciana, chata, de unos cuarenta mil habitantes, mucho calor. Un barrio de clase media con jacarandáes en las veredas, jardines anteriores en las casas, baldosas más o menos prolijas, pavimento reciente. Nos metemos en una de esas casas, y vemos un living comedor en el que hay una mesa, cuatro sillas y un aparador sobre el que está -apagada- una radio RCA Víctor al lado de un florero sin flores. También vemos un par de souvenirs de madera o de plástico, un cenicero de piedra que dice "Recuerdo de Córdoba" y, en las paredes, dos reproducciones de Picasso, un almanaque de un almacén del barrio, y una lámina de un paisaje marino enmarcada en madera dorada con filigranas seudobarrocas. Sentada en una de las sillas y acodada sobre la mesa, hay una mujer que llora y sostiene un hielo envuelto en un pañuelo sobre su ojo izquierdo, que está completamente morado por la paliza que le dio su marido.

El marido no está en ese living. Hace menos de una hora que se ha ido, luego de jurar que para siempre. No me van a ver nunca más el pelo, ha dicho después de la última trompada, un derecho de puño cerrado que se estrelló contra el pómulo izquierdo de la mujer. Ella le había recriminado sus mentiras, la continua infidelidad, las ausencias que duraban días, las borracheras y el maltrato a cualquier hora, la violencia constante contra ella y ese niño que ha contemplado todas las escenas, todas las discusiones, todas las peleas, y que en ese momento está sentado en el piso junto a la puerta que da a la cocina, mirando a su madre con una expresión de bobo en sus ojos de niño, aunque no es un chico bobo.

Ese niño ha mamado leche y odio a lo largo de sus nueve años de vida. Ha visto a su padre pegarle a su madre en infinitas ocasiones y por razones para él siempre incomprensibles. Ha escuchado todo tipo de palabrotas y gritos. Se ha familiarizado con los insultos más asombrosos y ha sentido tanto miedo, tantas veces, que es como si ya no sintiera miedo. Por eso su expresión de bobo es producto de una aparente indiferencia. Muchas veces, cuando su padre zamarreaba a su madre, cuando le gritaba inútil de mierda, gorda infeliz o dejáme en paz, el niño simplemente jugaba con autitos de plástico que deslizaba por el suelo, o se distraía mirando por la ventana los gorriones que siempre revolotean en el patio. No sabe que ha mamado también resentimiento, ni mucho menos qué cantidad de resentimiento. El hombre que es su padre se ha ido jurando que no pisará nunca más esa casa de mierda. Y en efecto, desaparece de la escena, de los ojos fríos del niño. Esa noche no regresa, ni al día siguiente, ni a la semana siguiente. A medida que pasan los días es como si su existencia se borrara también de todas las escenas cotidianas. Por un tiempo parece establecerse una paz desconocida en ese living comedor, en las dos habitaciones de la casa y hasta en el baño, la cocina y el pequeño patio. Pero es una calma sólo aparente. Porque al poco tiempo comienzan las penurias, y las quejas de la madre van en aumento: no tenemos dinero, no podemos pagar el alquiler de la casa, hoy no hay nada para comer, esta ropa no da más, tengo los nervios destrozados, el desgraciado de tu padre.

Una noche la mujer que es su madre que es su madre entra un hombre a la casa, que se encierra con ella en la habitación durante un rato y luego se va. Al día siguiente ella compra unas zapatillas nuevas para los dos y comen milanesas con papas fritas. Otra noche viene otro hombre y se repite todo, igual que en una película que ya vimos. Cada vez que llega un hombre

a la casa y se encierra un rato con su madre, después pueden comprar algunas cosas que necesitan y acaso comer mejor. En el barrio hay murmullos y miradas juzgadoras, que también alcanzan al niño. Y en la casa hay un rencor espeso como chocolate, y juramentos, insultos y llantos son la vida cotidiana. La madre del niño se va agriando como una mandarina olvidada en el fondo de la heladera, y el niño, que siempre está en silencio, ya no juega con autitos ni con nada y se la pasa mirando impávido, como si fuera bobo, los gorriones y el jardín. Nunca tiene respuesta para las preguntas que se hace pero jamás formula. El padre es una figura que se va desdibujando en su memoria a medida que el niño crece y entra en la adolescencia. Hasta que un día la madre enferma gravemente, la fiebre parece cocinarla a fuego lento, y una madrugada muere.

Ahora hacemos un corte y estamos en la noche de anoche. Aquel que era ese niño, hoy es un hombre joven que no tiene trabajo. Ha hecho la guerra en el Sur, fue herido en un pie, se lo amputaron y ahora cojea una prótesis de plástico enfundada en una media negra y una zapatilla andrajosa. Habita una mugrosa casucha de cartón y maderas, empalada sobre la tierra, en un suburbio de la misma ciudad, que ahora es mucho más grande que hace unos años y ya tiene casi medio millón de habitantes. El joven sobrevive porque a veces arregla jardines en las casas de los ricos de la ciudad, vende ballenitas o lotería en las esquinas de los Bancos, o simplemente pide limosna en la escalinata de la catedral. Siempre silencioso, apenas consigue lo necesario para no morir de hambre. Flaco y desdentado como un viejo, viste un añoso pantalón de soldado y una camisa raída y sucia como una mala consciencia. No tiene amigos, y muy de vez en cuando se encuentra con algún ex combatiente que está en situación similar. Ya no asiste a las reuniones en las que se decidía gestionar ante el gobernador, los diputados o los jefes de la guarnición local. Y apenas algún 9 de julio mira desde lejos el desfile militar que da vueltas a la plaza, y oye sin escuchar los discursos que hablan de heroísmo y reivindicaciones, guardando siempre el mismo silencio que arrastra, como una condena incomprensible, desde que tiene memoria. Ese joven ignora la rabia que tiene acumulada, y es más bien un muchacho manso que corta enredaderas por unos pesos, que de vez en cuando le pasa un trapo al parabrisas de un automóvil por unos centavos, y que todas las tardes cualquiera puede encontrar en la escalinata de la catedral, con su pierna tullida estirada hacia adelante. Junto a la zapatilla coloca una lata que alguna vez fue de duraznos en almíbar, y luego parece dormitar un sueño tranquilo porque en esa lata casi nunca llueve una moneda. Cuando empieza a hacerse la noche y las últimas luces se vuelven sombras entre la arboleda de la plaza, el joven se levanta, cruza la avenida y se pierde en esas sombras con su paso de perro herido. Y es como si el silencio de la noche absorbiera su propio silencio para hacerlo más largo, profundo y patético.

Es imposible precisar en qué momento llega a su tapera, un kilómetro más allá de la Avenida Soberanía Nacional, que es el límite oeste de la ciudad. Tampoco se puede saber de qué se alimenta luego de escarbar en los tachos de basura de los cafés. Algunas veces ha bebido una copa de ginebra, o de caña, en las miserables fondas de la periferia, pero nadie podría decir que es un borracho. Más bien, de tan manso y resignado, es presumible imaginarlo tomando mates hasta la madrugada, con yerba vieja y secada al sol, y con agua que calienta en la abollada pavita de lata que coloca sobre fogoncitos de leña.

Ahora hacemos otro corte y nos ubicamos, ayer a la tarde, en la entrada nordeste de la ciudad. Allí, donde desemboca el puente que cruza el gran río, vemos un autobús rojo y blanco que atraviesa rutinariamente la caseta de cobro de peaje, y rutinariamente se dirige al centro de la ciudad. En uno de los asientos viaja un hombre ya viejo que, a través de la ventanilla, comprueba cómo es de implacable el tiempo y cómo todo lo transforma, y cómo lo que alguna vez se sintió propio ya no lo es y más bien parece extraño, y hasta hostil. Incluso con los mejores sueños que uno tuvo alguna vez pasa eso, no piensa, pero es como si lo pensara. Ese hombre viejo es el mismo que era el padre del niño silencioso que lo escuchó decir nunca más me van a ver el pelo. Ha vivido muchos años en otra ciudad, donde tuvo otra mujer que le hizo la comida y le planchó la ropa y le aguantó el humor, el bueno y el malo, durante todos los años que distancian el momento en que se fue de la ciudad y este momento en que retorna en el autobús rojo y blanco que ya recorre la Avenida Sarmiento rumbo a la plaza principal, y que a él le parece una de las pocas cosas que no ha cambiado: las alamedas con las mismas tipas, lapachos y chivatos, ahora más envejecidos, y el mismo pasto verde y el mismo pavimento que se fue haciendo quebradizo con los años y las malas administraciones municipales. Esa mujer que lo cuidó, en la otra ciudad, acaba de morir, y con su muerte el hombre viejo ha envejecido aún más. También él está enfermo, y no sólo se evidencia por las articulaciones endurecidas y los dolores que lo asaltan cada vez con más intensidad, sino también por la culpa que siente, que él no llama culpa porque ni sabe que lo es, pero que es eso: culpa. Tampoco sabría explicárselo a nadie, pero de modo bastante irreflexivo, como obedeciendo a un impulso que se le empezó a manifestar después del sepelio de la mujer, el hombre viejo decidió regresar a esta ciudad a buscar a su hijo. No sabe dónde está, ni cómo está, ni con quién, ni siquiera sabe si está vivo, pero se ha largado con la misma obstinación irrenunciable de un niño caprichoso, que es lo que suele pasarle a los viejos cuando se sienten atormentados.

El hombre hace preguntas, busca y encuentra a antiguos conocidos, y reconstruye desordenada y dolorosamente los años que han pasado, las arenas que la vida se llevó, hasta que se entera del sitio en que habita su hijo. Entonces toma un taxi y atraviesa la ciudad.

Ahora hacemos el último corte imaginario y los vemos a ambos dentro de la tapera, que mide un poco menos de tres metros por lado y en la cual hay un jergón de paja en el suelo, resto de lo que fue un colchón de regimiento, y una maltrecha mesita

de madera que fue del Bar Belén, con dos sillas desvencijadas. El hombre viejo está sentado en una de ellas y llora con la cabeza entre las manos. Tiene los hombros cerrados como paréntesis que enmarcan su rostro lloroso. Mientras lo mira con la misma frialdad con que miran los sapos, el joven recuerda aquella otra escena, de hace muchos años, en la que su madre gemía sin consuelo, acodada en la mesa, también con la cabeza entre las manos. El hombre viejo monologa y llora, pronuncia excusas, explicaciones. Es un alma desgarrada que vierte palabras, un caldero de culpas hirvientes. El joven escucha. En silencio e impasible, como quien se entera de que ha estallado una guerra del otro lado del mundo. El suyo, lo sabemos, es un silencio de toda la vida. Cuando se ha hecho silencio toda la vida, luego no se puede hablar. Se ha convertido en una pared, en un muro indestructible. Por eso apenas se muerde los labios y sangra todo por dentro, aunque él no lo sabe y sólo siente el dulzor salobre entre los dientes. No llora. Sólo escucha. En silencio. Y entonces, se diría que mecánicamente, toma la tijera de pico curvo de cortar enredaderas. Es una tijera muy vieja, oxidada y casi sin filo. Pero es dura y punzante. Como su odio. Ahora volvemos a la foto del comienzo. El diagrama de la cámara se cierra en la fracción de segundo en que la enorme tijera de jardinero que había quedado suspendida en el aire, y en el relato, cae sobre la espalda del hombre viejo y penetra en su carne, entre los hombros y el omóplato, con un ruido seco y feo como el de ramas que en la noche se quiebran bajo el peso de un caballo.

MISCELÁNEA

**Premio Centroamericano de Literatura
Rogelio Sinán 1996**

**Alina Camacho-Gingerich, Ph.D.
[St. John's University]**

Es un honor y un gran placer para mí el compartir con Uds. en la patria de Sinán hoy día, el 25 de abril, en el 95 aniversario de su nacimiento. La creación de este premio literario es el mejor tributo a la vida y obra del escritor panameño más importante del siglo XX y una de las figuras literarias más altas de la literatura latinoamericana y universal.

Antes de continuar, me gustaría agradecerles al Dr. Enrique Jaramillo Levi, organizador y coordinador de este evento, a la Universidad Tecnológica de Panamá y a su Rector, el Ing. Héctor Montemayor, el haberme invitado a participar como miembro internacional del Jurado Calificador y a dictar la conferencia magistral en esta Ceremonia de Premiación del Premio Centroamericano de Literatura «Rogelio Sinán» 1996. Aprovecho también la ocasión para felicitar a todos los patrocinadores por haber sabido reconocer la importante contribución de este evento a la cultura y sociedad panameñas, y felicitar, de una manera muy especial, al primer ganador del Premio Centroamericano de Literatura «Rogelio Sinán», el Sr. Manuel Corleto, con su novela *Con cada gota de sangre de la herida*, y a los otros novelistas que recibieron Menciones Honoríficas: Ernesto Endara, Julio Escoto y Roberto Quesada, con sus novelas *Pantalones cortos*, *Monólogo de la profecía de Copán* y *Nunca entres por Miami*, respectivamente.

A principios de la década de los ochenta, poco después de la publicación de *La isla mágica*, mi familia y yo nos mudamos, por motivos académicos, a la Ciudad de Panamá. Fue ese año cuando conocimos por primera vez a Sinán; yo acababa de leer *La isla mágica* y me había quedado muy impresionada con la obra. Durante el transcurso de nuestra estancia aquí el Dr. Willard Gingerich, Profesor Fulbright en la Universidad de Panamá, y yo entrevistamos a Sinán varias veces; algunas de estas entrevistas se llevaron a cabo en la biblioteca del autor, un gran cubículo de cemento, sin ventanas, al final de un pasillo, donde el Maestro, aislado del mundanal ruido y rodeado de numerosos manuscritos y libros favoritos, ignoraba el tiempo cronológico y se dedicaba a escribir con mínimas interrupciones. "De esa manera, nos decía, no tengo que distinguir entre el día y la noche". Poco antes de salir de Panamá, en uno de nuestros últimos encuentros, Sinán me pidió que diera a conocer su obra en los Estados Unidos, donde lamentablemente, con la excepción de *La boina roja* y uno que otro cuento, se desconocía. Una selección de esas extensas entrevistas se publicó pocos años después en una de las más prestigiosas revistas literarias de ese país, la *Revista Iberoamericana*, y aparece en el hermoso número que acaba de salir de la revista *Maga*, dedicado a Sinán, dirigida por uno de los grandes promovedores de su obra, nuestro colega y amigo Jaramillo Levi. Con el propósito de continuar contribuyendo, aunque sea modestamente, a la divulgación de su obra, he organizado y dirigido a través de los años una serie de paneles y mesas redondas en congresos internacionales sobre diferentes aspectos de ella, y estoy en el proceso de traducir al inglés *La isla mágica*, tarea poco fácil pero placentera y absolutamente necesaria.

Debido a la necesaria limitación en el tiempo (ha sido un hermoso pero extenso programa) me voy a limitar en esta conferencia a ofrecer una serie de observaciones sobre *La isla mágica*, su obra maestra, y summa de toda su vasta obra anterior, que incluye otra novela, *Plenilunio* (o *Luna de Viernes Santo*), ganadora del Premio Nacional de Literatura «Ricardo Miró» en 1943, maravillosos libros de cuentos, ensayos, farsas para teatro infantil, y, por supuesto, poesía. Con *Onda*, su primer libro de poesía, publicado en Roma en 1929, se introduce la vanguardia en las letras panameñas. Su poemario *Semana Santa* en la niebla gana en sección poesía el Premio "Ricardo Miró" en 1949. *La isla mágica* recibe en 1977 el premio único de novela en el anteriormente mencionado concurso, donde fue presentada con el seudónimo de Guanchica.

La isla mágica, como sabemos, tiene dos ediciones, la primera, de Panamá, y la segunda, corregida, de Casa de las Américas, de 1985. En la edición de *La Habana* Sinán reordena ciertos capítulos de esta novela, como me había indicado en una de nuestras entrevistas que lo haría. Todos los cambios ocurren en el tercero, cuarto y quinto decálogos. Corresponden casi exactamente a la secuencia que nos había señalado, con la excepción del noveno capítulo del Decálogo Quinto, donde «El tesoro escondido» ha sido sustituido por «Semen retemptun venenum est», que era el capítulo séptimo del Decálogo Tercero de la primera edición. «El tesoro escondido» pasa a reemplazar ese capítulo en su lugar original.

La isla mágica es una novela de largo desarrollo. Sinán comenta que él la empezó a escribir en 1943, con motivo del concurso Miró. Después de escribir más de setenta páginas se da cuenta de que esta novela iba a ser muy extensa y que no la podía terminar a tiempo para el concurso, pues sólo le quedaba un mes. Busca y encuentra en sus numerosos archivos, proyectos para futuros cuentos y novelas, un tema que había escrito en Calcuta. Había vivido varios años en Italia, donde llegó a conocer muy bien a Pirandello. Decide desarrollar el tema de Pirandello y, como lo explica él, de un sólo golpe salió Plenilunio. No volvió a tocar el material de La isla mágica por más de veinte años, hasta después de jubilarse. Sin embargo, siempre tenía presente esa novela: recortaba y guardaba cualquier información o detalle que salía en los periódicos sobre la Guerra de los Mil Días, la historia de los negros, etc. Se le ocurrían secuencias y las iba apuntando. Cuando retoma la escritura de la novela, la va escribiendo por secuencias, la negra, la italiana y la española, independientemente la una de la otra, no en el orden que aparece en la novela. Guardaba esas secuencias en diferentes sobres y añadía información a cada secuencia según se le ocurría. Más tarde mezcla todas las secuencias y capítulos, incluyendo algunas escenas escritas desde su época en Italia. Esta mezcla nuevamente busca destruir en su obra el tiempo lineal, cronológico, y crear un tiempo cíclico, mítico, irreal.

La isla mágica es, por supuesto, Taboga, una isleta panameña en el Pacífico a unos cinco kilómetros de la Ciudad de Panamá, donde nace Bernardo Domínguez Alba y donde, más tarde, después de mudarse la familia a la Ciudad de Panamá, continuará pasando muchas Semanas Santas de su vida. Cuando en una ocasión le pregunté a Rogelio el por qué del seudónimo literario, me ofreció una explicación que comparto con ustedes porque ilustra muy bien su manera de enfocar la vida y la literatura. La idea, me dijo, era tener un nombre que fuera único: "Hay cientos y cientos de Domínguez. Yo quería estar solo en el diccionario. Las raíces de mi nuevo nombre las fui a buscar en las teogonías antiguas. El héroe es siempre hijo de la piedra. Estoy pensando especialmente en Anteo; cada vez que el poderoso Hércules lo tira a la tierra, él gana fuerza, pues la fuerza le viene de la tierra. El escritor, como el héroe, el hombre que quiere realmente hacer un arte, tiene que meter sus raíces en la tierra, en sus mitos y folklore, en todo lo que sea la tierra suya. Mientras más profundo esté metido en la tierra, más universal será su obra... Entonces, como yo nací de mi padre, cojo el nombre de mi padre, Rogelio. La madre es la tierra, Taboga, la isla. El último monte de Taboga, con una cruz en su cima, se llama Sinaí, como el monte Sinaí de la Biblia, y en aquel entonces o leía a Renán. Entonces, Sina y Renán hacen Sinán: Rogelio Sinán". En esta isleta que fácilmente se recorre a pie y donde no se permiten autos, el tiempo parece haberse detenido. En la novela Sinán parte de los recuerdos de ese mundo de su infancia y adolescencia (su historia, costumbres, tradiciones, valores, supersticiones, tabúes, miedos, terrores, su paganismo en combinación y en contraste con las enseñanzas de la Iglesia Católica) para crear un mundo mágico, onírico, mítico, cíclico, sensual, donde la realidad y la irrealdad o fantasía libremente se mezclan. En la novela Taboga se convierte en símbolo o macrocosmos de toda la nación panameña. Aún más, La isla mágica nos ofrece en síntesis la cosmovisión del escritor Sinán. En esta isla todo ocurre, como le explica Don Plácido a Finlay, con una lógica de magia: "No te extrañes de nada aun por absurdo que pueda parecerte, pues a veces los hechos, sin dejar de ser reales, adquieren apariencias maravillosas. A ello se debe la exuberancia de misterios y de supersticiones. Creemos en fantasmas, en hechizos, en brujas, en tesoros ocultos, en prodigios marinos, en milagros y hasta en sueños premonitorios. Desde que nacieron nuestros niños llevan al cuello escapularios contra el mal de ojo y otras raras creencias como la Tulivieja y la Silampa."

La mitología, tanto la panameña como la universal, es de mucha importancia en la obra de Sinán. Hasta la religión se convierte en mito. Sinán conocía muy bien la Biblia (era dueño de varias distintas Biblias) y la leía con gran preferencia, pero como mitología. "Me gusta el libro", me dijo, "pero como si yo leyera la Odisea o la Ilíada". En la novela que estudiamos aquí encontramos mitos griegos, hindúes, cristianos, etc., junto con mitos americanos y panameños como el de la Tulivieja.

La isla mágica está dividida en diez decálogos. Los diez decálogos o capítulos se subdividen a la vez en diez capítulos o subcapítulos, cada uno de los cuales se puede leer como cuento independiente. Son, entonces, cien cuentos entrelazados que forman la novela. Sinán ha admitido la influencia de La Divina Comedia de Dante (tres cantos que se subdividen en treinta y tres cantos, más el prólogo, un total de cien cantos cada una independiente del otro, unidos por la figura de Virgilio) y del Decamerón de Boccaccio en la estructura de La isla mágica. La atención al detalle de la pintura renacentista, la de los mosaicos, y la atención al detalle en la obra de Valle Inclán, ejercieron gran fascinación en el escritor panameño y también influyeron en su estructura. El número diez tiene, además, una importancia simbólica en la novela. Diez son los mandamientos de Dios, y en ese sentido parece sugerir la búsqueda de la perfección y la salvación. Pero el número diez también posee un significado pitagórico. Según los pitagóricos, hay un Uno que es el Universo y ese Uno y la vacuidad circundante genera las cosas o elementos-números que lo componen, es decir, cada cosa tiene su correspondencia numérica. El mundo se ve regido y dividido en grupos de dos: lo binario, los opuestos, las parejas y el doble. Y todos los números son cuatro. El 1 es el número padre; 2 es el número madre par; 3 es el número macho impar; 4 es el número hembra par. La suma de estos números, 1+2+3+4 da 10, que es el tetractis sagrado, raíz y fuente de la naturaleza. Los números, de acuerdo con las enseñanzas de Pitágoras, se relacionan y multiplican hasta que todo es número "padremadre" de toda la naturaleza.

Gran parte de la acción en La isla mágica ocurre durante la Semana Santa en Taboga. En esta novela, narrada desde

múltiples puntos de vista y perspectivas, con saltos temporales y espaciales, y donde reina la ambigüedad, se pueden, sin embargo, distinguir varios niveles o planos. En un primer nivel toda la acción de la novela parece ocurrir en cuestión de horas: en el cuarto subcapítulo del primer decálogo se ahoga Juanito, el hijo de la maestra Salerno; se retoma el hilo de esta historia al final de la novela, en el último subcapítulo del último decálogo, en el velorio del niño ese mismo día. En un segundo nivel, y este es el nivel que predomina, si nos guiamos por el personaje principal, Felipe Durgel, la novela se desarrolla en una semana, la Semana Santa. Felipe "nace" durante la última semana de su vida: se despierta de una borrachera el Domingo de Ramos, el día que inicia la Semana Santa, y muere desnudo y crucificado en la iglesia a medianoche el Viernes Santo. En un tercer plano, no tan obvio como los dos primeros, la novela comienza para la época de la construcción de la primera línea del ferrocarril en Panamá (1850) y termina casi un siglo después.

El personaje principal de la novela es, como dijimos, Felipe Durgel, o Chompipe, un negro de ojos verdes, que vive de sus instintos. Personaje amoral, Chompipe es pura energía sexual, siempre a la caza y a la conquista de la próxima mujer. Es el antihéroe, contrapunto de Don Juan. Contrapunto: Don Juan es blanco y noble; Felipe es negro y ocupa en su pobreza el eslabón más bajo de la sociedad. El tema de Don Juan es uno de los temas centrales de la novela. Aunque Chompipe es la figura donjuanesca más obvia (hay inclusive escenas como esa cena con la calavera en la mesa que nos recuerdan el Don Juan literario), hay otros donjuanes en La isla mágica. El sexo, a veces violento y brutal, es un elemento o preocupación casi constante en esta novela y en gran parte de la obra de Sinán.

Felipe, junto con los personajes Cándida y Danilo, forma un triángulo amoroso importante. Es la "eterna" historia de amor: la mujer siguiendo al que huye y huyendo al perseguidor. Felipe sigue a Cándida, Cándida al seminarista homosexual Danilo (más tarde buscará a Felipe), y Danilo a Felipe. Danilo, "el hombre de la barba nazarena", con sus dudas y ambivalencias, educado en la Gregoriana en Roma, es uno de los personajes mejor desarrollados, de mayor hondura psicológica, en esta novela de Sinán.

La novela, a diferencia de Plenilunio, está narrada intencionalmente en un lenguaje coloquial, vernacular, salpicada de modismos panameños. Critica los defectos y vicios de la sociedad panameña, y los abusos de los gringos a todo nivel, político, económico y social, en su patria. Pero esta crítica es una crítica burlona, irónica, satírica, hecha con un gran sentido del humor, a la Quevedo. Es más, uno de los rasgos sobresalientes de esta novela es el humor paródico, la irreverencia como literatura de subversión. El formalista ruso Mikhail Bakhtin en sus estudios sobre Dostoievski ve en la parodia una continuación del género "serio-cómico" antiguo, cuyo fundamento es el Carnaval, espectáculo simbólico en el que reina lo 'anormal', lo excéntrico, la ambivalencia, las confusiones y profanaciones. La carnavalización implica lo paródico en la medida en que equivale a confrontación, choque y confusión, cuando equivale a intertextualidad, o sea, la presencia e interacción de varios textos en un mismo texto. El mundo que nos presenta Sinán es carnavalesca, de choques y contrastes, donde nada es lo que parece ser o debe ser.

La carnavalización de la literatura es uno de los rasgos del barroco. (Hay muchos puntos de coincidencia en su obra con lo real maravilloso de Alejo Carpentier y también con el realismo mágico de García Márquez). La carnavalización de la literatura no fue, como sabemos, un descubrimiento del período barroco. Sus antecedentes son muy antiguos: estaba presente en el Quijote, y, siglos antes, en Boecio, en el Satiricón, en la Gargantúa y Pantagruel de Rabelais, en Tristram Shandy.

Al final del primer decálogo se le dice al lector que el personaje Serafín del Carmen, "el pendejo", está escribiendo un libro sobre la isla: "Todo lo apunta en su cuaderno de notas, pero escribe las cosas desordenadamente y hasta es más embustero que el carajo". El nombre de este personaje ya aparece en el muy conocido cuento de Sinán El sueño de Serafín del Carmen, cuento surrealista, donde se emplean los recursos estilísticos del sueño, las manifestaciones del subconciente y el monólogo interior. Serafín del Carmen, alter ego de Sinán en esta novela, en el subcapítulo apropiadamente titulado «Una isla mágica para un pueblo mesiánico», resume su teoría de la novela, que es la teoría de su autor/creador. Aquí se exponen varios de los postulados básicos de la cosmovisión del escritor tabogano:

Torturado por su constante duda, de ser o de no ser, el hombre inventa su propia circunstancia. La vacuidad y el pánico a la nada lo obligan a convencerse a sí mismo de que la muerte sólo puede eludirse mediante auténticas actitudes creadoras. Así surgió en su mente la idea de Dios y deseando imitar tal entelequia, recurrió a sucedáneos. Es esa la razón por la cual el escritor de ficciones ha decidido pasarse al bando de los brujos. Por eso ha vuelto al faústico truco del milagro. Para la magia de su alquimia le bastan ingredientes que extrae de sus recuerdos tal vez de sus glándulas. Lo indispensable es que consiga mezclarlos en una licuadora de sueños.

A lo que el personaje Fin Lay bromeando le contesta: "En ese caso tu obra será una pesadilla. Cada uno de los seres que la lea y la comprenda se hará acreedor al título de egregio lector oniris causa". El sueño, o lo onírico, es de suma importancia en el proceso creativo de Sinán. Recordemos el final de Plenilunio: "Bienaventurados los que sueñan porque de ellos será el reino de la creación". Serafín continúa más tarde con la explicación de su cosmovisión literaria:

- La tragedia del Gólgota se ha conservado en la isla no en su prístina pureza mística sino como una mágica amalgama de Cristianismo y Paganismo. Para la Iglesia el Amor o es sagrado o es profano, pero aquí se entretejen ambos amores en una báquica rapsodia más apta a un aquelarre de brujas que a una evangélica pasión sacramental, y, desde luego, la isla, por ser maravillosa, casi parece irreal. Por eso mismo necesito recrearla para que pueda parecer verosímil. Surgirá de improviso y, tras cumplir su objetivo, se volverá a sumir en la infinita vastedad de las aguas.

La Isla de Sinán, como la Isla para el cubano José Lezama Lima, es paradoja y desviación. Desviación de lo común, de lo dado, para encontrar lo diferente, lo Impar, lo único. Taboga y Cuba se convierten en metáforas de la poesía. En las islas, donde reina la ingeniería poética como sobrenaturaleza, se hacen simultáneo lo ancestral y lo novedoso, lo lejano y lo inmediato, el Eros y el Tánatos, la realidad y lo imaginado. Este concepto de la isla se ve asociado al concepto borgiano del laberinto como espacio único, indiferenciado, extraordinario, que contiene en sí el universo y donde, por lo tanto, nos salvamos de nuestra condición humana temporal, diferenciante y diferenciadora.

En resumen, La isla mágica es un gran carnaval del pueblo panameño, donde las situaciones y los personajes, con frecuencia deformados y exagerados, adquieren dimensiones caricaturescas. Como en todo buen carnaval, la parodia, lo excesivo y lo grotesco son elementos inseparables del propósito final de celebración y glorificación. La isla de Taboga, la Madre, es también metáfora de la poesía, de la literatura.